

«plan». Divide las materias en un número determinado de capítulos. Nuevo trabajo de lógica, muy minucioso, muy largo. Conviértese esto en una especie de composición rítmica, en que cada personaje aparece á intervalos calculados, en que los hechos cesan y aparecen como ciertas frases en las sinfonías musicales. Es seguramente uno de los novelistas que componen con arte más complicado y matemático. Edmundo de Amicis tiene razón en llamarle «un mecánico», pues lo que hace es verdadera mecánica trascendente.

Este método de trabajo que procede de lo general á lo particular, es á la vez complejo, lógico y seguro. Un amigo de Zola me ha dicho que le recordaba la orquestación tan sabia y tan nueva de Wagner. Ignoro hasta qué punto es exacto el parecido. Pero es cierto que las obras de Emilio Zola cuando los profanos las abren por primera vez, deben experimentar el mismo aturdimiento que producen las obras wagnerianas. Se cree al principio en una gran confusión; y está uno á punto de exclamar que no hay allí ni composición ni reglas. Y, sin embargo, cuando se penetra en la estructura misma de la obra, se ve que en ella todo es matemático, se descubre una obra de ciencia profunda y se reconoce una larga labor de paciencia y de voluntad.

## X

## El éxito

Ahora que he hablado del novelista, del autor dramático y del crítico—esos tres aspectos del escritor completo—volvamos atrás. Busquemos á Zola en el número 14 de la calle de la Condamine, donde lo hemos dejado comenzando la serie de los *Rougon-Macquart*.

Era en 1869, algunos meses antes de la guerra. Se había casado, y su mujer, que se encontraba muy delicada, había sido enviada al Mediodía por aquella época. Por esta razón se encontró en Marsella cuando los prusianos sitiaron á nuestra capital.

En Marsella había que vivir. No teniendo entonces ni fortuna, ni economías, y viéndose lejos de París, lugar de sus relaciones literarias, no dejaba de ver sin espanto aquel período de perturbación general. Por esta razón alegróse mucho de encontrar allí á Leopoldo Arnaud, director de *El Mensajero de Provenza*, periódico en el cual habían aparecido *Los misterios de Marsella*. Este último le ofreció en seguida publicar en Marsella un periódico mientras que no se levantaba el sitio de



Paris. El periódico apareció, y se tituló *La Marseillesa*. Lo redactaba Zola con la ayuda de Mario Roux, su amigo de la infancia y colaborador del drama: *Los misterios de Marsella*. El éxito fué al principio muy grande, llegando á tirar *La Marseillesa* diez mil ejemplares, cifra considerable en provincias. Desgraciadamente, dificultades de instalación y la falta de material fueron la causa de que el periódico, en lugar de ganar, perdiese.

Zola, inquieto, decidióse entonces á trasladarse á Burdeos, donde acababa de establecerse la delegación del gobierno de la Defensa nacional. Y allí fué donde encontró á M. Glais-Bizoin, que había conocido en el periódico *La Tribuna*, del cual era uno de los principales accionistas. Para hacer comprender lo que sigue, es preciso decir aquí dos palabras de *La Tribuna*.

Este semanario había sido creado como arma electoral en las elecciones generales de 1869. Sus redactores y sus accionistas fueron naturalmente reclutados entre los republicanos que ambicionaban una candidatura. Zola decía, riéndose: «Aquí no hay más que dos hombres que no son candidatos: el criado y yo.» Como los accionistas del periódico eran numerosos, algunos de ellos tuvieron que presentarse en la misma circunscripción, y fueron de este modo competidores. Y como *La Tribuna* no podía perjudicar á ninguno de sus accionistas, esta arma memorable, cuyo exclusivo objeto era combatir en las elecciones, resultó completamente inútil. Durante el periodo electoral el periódico estuvo reducido al silencio. Sin embargo, los redactores obtuvieron un ventaja

imprevista, después del 4 de Septiembre. Fué entonces considerado como un título el haber pertenecido á la redacción de *La Tribuna*; bajo el nuevo régimen, todos los antiguos colaboradores y hasta el mismo criado fueron designados para ocupar cargos públicos.

Aquí abro un paréntesis, pues creo ha llegado el momento de hablar de las opiniones políticas de Emilio Zola. Por temperamento, es incontestablemente revolucionario, como ya lo había presentado en otro tiempo M. Hachette, que después de haber leído aquel cuento para los niños, *La hermana de los pobres*, hizo entrar en su despacho al joven empleado, y le dijo: «¡Sois un revolucionario!» Es, pues, uno de esos espíritus independientes, á los cuales no asusta el aislamiento ni la impopularidad, uno de esos espíritus que están siempre en la oposición. Desde la época de juventud libre y miserable en que vagaba por Paris en compañía de su gran amigo Paul Cézanne, experimentaba el más grande menosprecio de artista por la política, que por otra parte desconocía completamente. Todas esas ambiciones se cifraban en la literatura; no comprendía siquiera que los jóvenes de su edad pudiesen soñar con un puesto en la Cámara. Después, en los años sucesivos, conoció la política; vió de cerca los sucesos, asistió á los debates parlamentarios, siguió la carrera pública de algunos de sus contemporáneos, y ¡aumentó su desprecio! Es republicano, está convencido de que el único gobierno lógico, la forma definitiva, debe ser la República; pero no ha querido nunca, por su parte, entrar en la aplicación



de estas ideas; tarea pesada, en la que no distingue más que confusión, pequñeces y villanías. Podríamos decir de él que es un republicano teórico que cree en las leyes, pero no en los hombres que pretenden aplicarlas. Esto explica suficientemente que á pesar de haber colaborado mucho tiempo en periódicos republicanos, los calificque de «tiendas», lo mismo que á los periódicos reaccionarios. En suma, no se preocupa de ningún modo de las opiniones de la hoja en que escribe, pues sabe que en ninguna parte le obligarán á decir lo que no quiere.

Pero estábamos en *La Tribuna*, cuyos redactores fueron nombrados después del 4 de Septiembre miembros del gobierno, prefectos ó embajadores. Zola, que acababa de llegar á Burdeos para ingresar en un periódico cualquiera, esperando días mejores, tuvo un feliz encuentro. Al día siguiente de su llegada fué llamado desde lejos por un viejo, cuyo rostro expresaba una profunda estupefacción. Era M. Glais-Bizoin que, con M. Eugenio Pelletan, había dirigido *La Tribuna*.

—¡Cómo! ¿Es usted?—exclamó.—¿No está usted en París?... ¿Pero, de dónde sale?

—Vengo de Marsella—respondió Zola.

—¿Por qué no habéis venido á Tours? ¡Hemos tenido necesidad de tanta gente!

Y el miembro de la delegación se puso á enumerar los nombres de los antiguos redactores de *La Tribuna*, todos muy bien colocados desde hacia mucho tiempo. Zola confesó entonces á su antiguo director que estaba muy apurado y que buscaba

una colocación. El excelente M. Glais-Bizoin no le dejó acabar.

—¡Querido amigo, se le dará á usted una prefectura! Ha sido usted de *La Tribuna*, y esto basta.

Desde entonces Zola se quedó en Burdeos. Hizo venir á su mujer y á su madre, que se habían quedado en Marsella. La prefectura no se la dieron en seguida; pero M. Glais-Bizoin le tuvo algún tiempo como secretario, después de haberle presentado á Clément Laurier, que se había comprometido á darle el primer empleo vacante.

Me parece que desde hace un momento estoy contando cosas extrañas. Es preciso trasladarse á aquella época de enloquecimiento para poder reconstruir bien el estado psicológico en que se encontraba nuestro novelista. Me ha hablado con frecuencia de aquel momento de su vida:—«Me imaginaba que aquello era el fin del mundo y que no se volvería á hacer más literatura. Había llevado de París el manuscrito del primer capítulo de *La Ralea* y lo abría á veces, como hubiera abierto papeles muy antiguos que no fuesen más que recuerdos. París me parecía perdido en las nubes. Y como tenía conmigo á mi mujer y á mi madre, sin ninguna certidumbre de dinero, había llegado á creer muy natural y prudente lanzarme con los ojos cerrados en aquella política que menospreciaba tanto algunos meses antes y que luego continué despreciando.»

He llegado, pues, á la famosa historia de la sub-prefectura de Castel-Sarrazin que han echado en cara á Zola tantas veces, pues no fué una prefectura, sino una sub-prefectura lo que al fin



le ofrecieron. Se había tratado primero de Auch, y después de Bayona; al fin Clément Laurier hizo llamar un día á nuestro ambicioso de ocasión y le dijo que el gobierno tenía necesidad, en Castel-Sarrazin, de un sub-prefecto de pluma fácil, que pudiese ganar una elección por medio de proclamas vigorosas; en seguida, una prefectura importante recompensaría al nuevo funcionario. Estaba ya firmado el nombramiento cuando Zola supo la noticia del armisticio y de la llegada de Julio Simón. Entonces, á consecuencia de una segunda conversación con Clément Laurier, rehusó definitivamente su sub-prefectura. Sus convicciones administrativas no habían resistido ante el chaparrón que veía venir. Por otra parte, París estaba ahora abierto, y Zola había sentido despertarse en él al escritor. Además de una correspondencia diaria, política y literaria que el *Semáforo*, de Marsella, acababa de pedirle—y que conservó siete años—había escrito á la *Campana*, de la cual era redactor antes del sitio, ofreciendo enviar desde Burdeos algunos artículos sobre la Asamblea nacional, y esta proposición había sido aceptada. ¡No era, pues, verdad! ¡La pesadilla se disipaba! ¡De nuevo se iba á poder vivir de la pluma y á hacer literatura! Su locura de una hora había pasado para siempre. Como él mismo dice en la intimidad cuando un periódico le lanza al rostro todavía su sub-prefectura fracasada de Castel-Sarrazin:—«¡Es verdad! estuve á punto de ser funcionario, pero no lo he sido. ¡Y hay tantos que, después de haberlo sido, cometen la estupidez de volverlo á ser.»

Hélo, pues, de vuelta en París, sumido de nuevo y para siempre en esa incesante producción literaria que es su vida, y de la cual una perturbación general, como la última guerra, no había conseguido separarle. En París, en medio de los comienzos precarios y turbulentos de la tercera República, aparecieron los primeros volúmenes de aquellos *Rougon - Macquart*, que empezaron modestamente y luego fueron coronados por un éxito colosal. Durante la incubación de este éxito, la existencia del novelista siempre penosa por falta de dinero, se mejoraba á cada nuevo vo-



VARIACIONES SOBRE «LA TIERRA»,  
MÚSICA DE EMILIO ZOLA  
Caricatura de Caran d'Ache.  
(*Le Figaro*: 1887)

lumen. Ocupó tres años todavía su pequeño pabellón, precedido de un jardín, en la calle de La Condamine. La entrada no era hermosa; el pabellón, dada su pequeñez, era poco habitable; pero el jardín tenía un árbol grande y varios pequeños y estaba concienzudamente cuidado y regado por el escritor. Salía menos que ahora, tenía menos relaciones y sobre todo menos dinero para ir á comprar chucherías á los bazares. Como tampoco podía salir de París por el verano, encontraba una



distracción higiénica en aquel jardín que tenía en lugar del café, del círculo, de la casa de campo y del *chalet* en Trouville. Todavía lo veo, vestido con una camiseta y un viejo pantalón cubierto de tierra y calzado con gruesos zapatos, cortando la hierba, cardando las flores y regando las ensaladas; ó bien armado de sierra y cepillo, construyendo una caseta para su perro ó una jaula para sus conejos y sus pollos. Algunas veces, durante las hermosas tardes del estío, colocaban la mesa en la estrecha terraza y la familia comía fuera. Después llegábamos algunos íntimos, Mario Roux, Duranty, los pintores Beliard y Coste y yo. Y con los codos sobre la mesa, el té humeante en las tazas, hablábamos hasta media noche bajo las estrellas. Algunas veces, cuando el «jardinero» había terminado por la mañana algún capítulo de la *Ralea*, del *Ventre de Paris* ó de la *Conquista de Plassans*, nos lo leía. Y cuando se interrumpía al final de una línea, ó para volver una página, se oía de repente el murmullo profundo y lejano de Paris: el misterioso ronquido de un coloso que se dormía.

Aquella habitación le costaba mil francos al año. En aquella época comenzó su amistad con Gustavo Flaubert é intimó más con Edmundo de Goncourt, muy aislado y entristecido desde la muerte de su hermano. En 1874, habiendo mejorado de situación, fué á vivir al núm. 21 de la calle de Saint-Georges, en Batignolles (hoy calle de los Apeninos). Era un pequeño hotel, también con jardín. ¡No había más inquilinos que él, y no tenía portero! Había realizado ese doble sueño de todo hogar parisién un poco desahogado.

Aquí, con el éxito, la existencia de Zola se transforma insensiblemente. Jamás había estado tan espléndidamente instalado. En la planta baja la despensa y la cocina; en el entresuelo el salón y el comedor; después dos pisos: el principal, compuesto de una gran sala y un gabinete de trabajo muy alegre que daba al jardín, para él y su mujer; y en fin, el segundo piso para su madre. Cuando se trató de amueblar todo esto, lo hizo de una manera confortable y hasta con lujo. Habían pasado mucho tiempo sin criada; después una mujer iba á ayudar algunas horas á las señoras Zola; al instalarse en la calle Saint-Georges, toman en seguida un criado. Además el jardín, un poco sombrío por los altos muros que lo separan de los jardines vecinos no está al nivel del gabinete de trabajo, y Zola deja poco á poco de cultivarlo. Esto le divierte menos y no tiene tiempo. Cuando llega el verano puede ya realizar su sueño de ir á tomar aires al Mediodía; en 1875 pasa la estación calurosa en Saint-Aubin-sur-Mer; en 1876 va á Piriac, en Bretaña; en 1877 á la Estaque, á orillas del Mediterráneo. En invierno, sin que por eso se haga mundano, el círculo de sus relaciones aumenta un poco, y frecuenta dos ó tres salones, sobre todo el de M. Georges Charpentier. Al mismo tiempo dedicado á la crítica dramática, asiste á los estrenos. Es un público especial el de los estrenos, siempre el mismo, donde todos se conocen; sin embargo, pasaron algunos meses sin que se supiese en los teatros quién era aquel Emilio Zola, del cual comenzaba á hablarse tanto, y que ya pasaba por un palur-



do aunque nadie había visto todavía su semblante.

Por otra parte, á medida que aumentaba el dinero, Zola, que había tomado la costumbre de visitar las tiendas para completar su mueblaje, no se detuvo; de los muebles antiguos pasó á los *bibelots*. Y aquí una observación curiosa. Balzac dijo en cierta ocasión que los *parvenus* decoran siempre su salón tal cual lo deseaban cuando eran jóvenes pobres. Y justamente en el mueblaje de nuestro naturalista de hoy ha persistido el gusto romántico de los primeros años. El dice, para defenderse, que costaría demasiado caro un lujo moderno. Pero esta economía, real en el fondo, no es más que un pretexto. La verdad es que la observación de Balzac se encuentra aquí confirmada. Sobre todo en su habitación actual de la calle de Boulogne, donde habita desde 1877, es donde Zola ha podido realizar sus antiguos sueños. ¡Lecho Enrique II, muebles italianos y holandeses, antiguos Aubusson! Cuando el pobre Flaubert iba á verlo en medio de aquellas extrañas y suntuosas antigüedades, permanecía extasiado y latía su corazón de viejo romántico. Una noche, en el dormitorio le oí decir con admiración: «Siempre, he soñado con acostarme en un lecho como este... ¡Esta es la cámara de San Julián el Hospitalario.»

Puesto que acabo de nombrar á Gustavo Flaubert, tengo que decir aquí dos palabras de la gran amistad que unió á los cuatro novelistas, á los cuales se ha llamado «el cuadrilátero de la novela moderna», es decir: Gustavo Flaubert, Edmun-

do de Goncourt, Alfonso Daudet y Emilio Zola. El lazo de unión de todos fué Flaubert. Zola conocía á los hermanos Goncourt desde 1865; en 1866, perteneciendo á la redacción del antiguo *Écène-ment*, había conocido á Daudet, que perdió en seguida de vista y que volvió á encontrar en casa del editor Charpentier en 1872. Pero cuando se reunieron todos en casa de Flaubert, los domingos, fué cuando su amistad se estrechó y adquirió solidez.

Siempre me acordaré de las tardes del *fau-bourg Saint-Honoré*. También yo había hecho conocimiento con Flaubert. En provincias, á los diecisiete años, en los bancos del colegio, me había apasionado por *Madame Bovary*. Diez años más tarde, habiendo publicado en una pequeña revista literaria una novela corta: *El fin de Lucia Pellegrin*, el primer trabajo que me satisfacía un poco, se la envié al maestro, que me invitó á ir á verle al domingo siguiente. Me acogió con su cordialidad acostumbrada y fui desde entonces uno de sus más fieles amigos.

Además de Edmundo de Goncourt, Alfonso Daudet y Emilio Zola, que eran los visitantes más asiduos, asistían allí: el célebre novelista ruso Tourgueneff; Guy de Maupassant, muy joven entonces, gran barquero durante el verano, poeta en el invierno y querido siempre como un hijo por Flaubert; el crítico de arte Burty, el editor Charpentier, Francisco Coppée, Catulle Mendès, el doctor Pouchet, Bergerat, Maurice, Bouchor, Mario Roux y Touduze; además, casi siempre juntos, Huysmans, Céard y Hennique, y en fin, de tarde



en tarde, Taine, Renan, Máximo Ducamp, Mauricio Sand y Raúl Duval.

La reunión de aquellos dos ó tres grupos de amigos formaban un conjunto curioso, en el cual, individuos de edades y opiniones diferentes se encontraban reunidos. Pero el gran cariño que cada uno de ellos sentía por Gustavo Flaubert bastaba para unirlos. Y la diversidad de juicios, favorecida por la más absoluta libertad de lenguaje, daba á aquellas tardes del domingo un sabor y un interés que no he visto después en ninguna parte.

Bien pronto, no contentos con reunirse cada semana, deseosos de charlar en absoluta intimidad, los cuatro novelistas «del cuadrilátero» comenzaron á comer juntos una vez al mes, y, en broma, llamaron á aquella comida «la comida de los autores silbados», pues todos habían tenido disgustos en el teatro. Hubo además otro comensal: Tourgueneff, gran amigo de Flaubert, y por el cual sentía Zola la más viva simpatía. Tourgueneff juraba que también lo habían silbado en Rusia.

Cuando Zola habla de estas comidas, hoy que Flaubert no existe, se apodera de él la emoción y repite que son los mejores recuerdos de su vida literaria. Encontraba un gran encanto por su parte en aquellas conversaciones que se prolongaban toda una velada, en aquel choque de ideas que, acabada la discusión, le dejaban en el espíritu un cansancio de varios días. ¿Eran verdaderas discusiones? ¡Sí y no! Según una expresión característica, que es del mismo Zola, eran «batallas teóricas entre gentes que, en el fondo, se entendían.»

Por otra parte, los jueves de Zola continuaban en la calle Saint-Georges, aquellos jueves que habían comenzado en la calle Feuillantines hacía unos quince años. Y fué allí, en la calle de Saint-Georges, donde se encontraron por primera vez un grupo de jóvenes literatos, que los periódicos han designado con el nombre extraordinariamente espiritual de: «la cola de Zola.»

He aquí cómo se formó este pequeño grupo. Ya he referido de qué manera hice conocimiento con Zola en 1869. Siete años más tarde, Henry Céard presentóse un día en la calle de Saint-Georges. Era un domingo. No teniendo que ir á su ministerio aquel día, había tenido la idea de presentarse él mismo al autor de los *Rougon-Macquart*, diciendo sencillamente: «He leído todos vuestros libros, y sintiendo por vos una gran admiración, he venido á veros.» Poco habituado á semejantes visitas, Zola acogió al joven visitante casi con embarazo; una hora después refería en casa de Flaubert la visita que había recibido. Flaubert, muy emocionado, exclamó: «¡Eso es muy bonito y siempre da gusto á uno!»

Algunos domingos más tarde Henry Céard volvió á la calle de Saint-Georges, acompañado esta vez de su amigo Huysmans, que llevaba *Marta*, recientemente publicada en Bélgica. Los dos habían descubierto juntos á Zola, leyendo el *Ventre de Paris*.

Por mi parte había hecho amistad con León Hennique. Algunas veces, á eso de las cinco de la tarde, lo encontraba en pleno *Parnaso* en la *República de las letras*, la revista de Catulle Men-



des, que publicaba entonces la segunda parte de *l'Assommoir*, y á donde yo habia llevado una novela.

Un poco más tarde, á consecuencia de una conferencia de Hennique en el boulevard de los Capuchinos sobre la misma *Assommoir*, conferencia que produjo un escándalo entre los parnasianos, llevé á Hennique á la calle Saint-Georges. Por Catulle Mendes también habia conocido á Huysmans, una noche de Carnaval, á la puerta de un baile de máscaras, donde entramos. El hielo se rompió en seguida; aquella mañana misma habia leído *Marta* y encontrado un profundo sabor en aquella obra, de un encanto enfermizo. Al día siguiente envié á mi nuevo amigo los dos números de una revista ignorada que contenia *El fin de Lucia Pellegrin*. Huysmans, algunos días después, me invitaba á comer á su casa; Hennique estaba allí, y también Henry Céard, al cual no conocia todavía. En fin, fui yo el que presenté á mis tres nuevos amigos á Guy de Maupassant, con el cual habia hecho amistad en casa de Flaubert. Desde entonces fuimos cinco. Nuestro pequeño grupo se encontró constituido. Un jueves por la tarde, los cinco, en columna cerrada, nos trasladamos á casa de Zola. Después volvimos todos los jueves.

Ahora conviene decir dos palabras de nuestra verdadera actitud ante Zola. Lo que me obliga á entrar en semejantes detalles, es una absurda leyenda que hay que destruir para siempre. Tengo delante de la vista una parte de los amables artículos que algunos de nuestros colegas nos han dedica-

do. Encuentro en ellos amenidades de este género: «Jóvenes presuntuosos.—Desechos de la literatura.—Etc., etc.» ¡Somos unos mendigos y unos ganapanes! Zola nos mantiene, y preparamos no-



Caricatura de Zola por A. Gill

velas que se titularán *La jofaina*, *El bacín*. Somos unos albañaleros, unos puercos, los poceros de la literatura, que sacan á la superficie todas las inmundicias. Causaría la admiración de muchas gentes si diese aquí los nombres de los pretendidos hombres de talento que en su odio han lanzado sobre nuestras cabezas todos estos insultos.

La verdad es que nuestras relaciones con Zola, lejos de ser relaciones entre discípulos y maestro, no difieren nada de la intimidad y del compañerismo afectuoso que reina entre nosotros cinco. Al contrario, cada uno de nosotros se reprimirá menos con él que con los otros y le confiará con más libertad ciertas cosas. ¡No tiene nada de pontífice! El salón de la calle de Boulogne, donde se dice lo que le pasa á uno por la cabeza, y con frecuencia cada uno es de un parecer diferente, donde ni siquiera está uno obligado á



tener opinión y por lo regular no hay conversación general, aquel gran gabinete de estudio, en fin, donde pasamos tan buenas veladas, riendo á veces, como niños, de todo y de todos, y hasta de nosotros mismos, es lo más opuesto á una capilla, á pesar de los vidrios de colores de las dos ventanas.

Y si nuestras reuniones del jueves en la calle de Boulogne—á donde Eduardo Rod asiste también asiduamente,—revisten tan poca solemnidad, pensad lo que sucederá en las visitas que hacemos á Medan, donde Zola pasa ahora ocho meses del año.

Medan es una aldea de doscientas almas á lo sumo, en la orilla izquierda del Sena, entre Poissy y Triel. Hay un alto y un bajo Medan; es decir, que algunas chozas de aldeanos se encuentran agrupadas á lo largo del camino de Triel—á la mitad de un ribazo admirable, accidentado, sembrado aquí y allí de altos nogales;—mientras que las otras parecen haberse deslizado por la rampa, hasta el terraplén del camino de hierro del Oeste, que pasa por aquel sitio paralelo al Sena, á un centenar de pasos de la orilla.

Aquel rincón del rico departamento de Seine-et-Oise es adorablemente pintoresco. Hay allí hermosas praderas donde pácen las vacas, cortinas de grandes sauces y de álamos, plantíos de manzanos y bosques de nogales y de hayas. El camino, un poco hundido entre los dos taludes cubiertos de hierba, semejantes á dos bancos de terciopelo verde, sube y baja á cada instante, lleno de sombra, sin polvo, limpio como la avenida de un par-

que inglés. Y, sobre todo esto, una gran calma, interrumpida de cuando en cuando por el paso de un tren ó por el silbido de algún transporte de hélice que remonta lentamente el río remolcando cinco ó seis barcas. Se creería uno á cien leguas de París. Nada más que aldeanos. En toda la aldea una sola casa de burgués parisién y «el castillo» rara vez habitado, por cambiar con frecuencia de propietarios. Ese es Medan.

¿Cómo descubrió Zola á Medan? Por casualidad. Desde el otoño de 1877, después de haber estado cinco meses en la Estaque, Zola, que desde hacía algunos años tenía la costumbre de alquilar todos los veranos una casita, tan pronto aquí como allí, pero siempre á la orilla del mar, para pasar algunos meses con su madre y su mujer, pensó en alquilar esta vez una casa en los alrededores de París, de donde no quería alejarse á causa de la próxima Exposición.

Le habían hablado de Triel. Se trasladó, pues, á Triel. Pero la vulgaridad del país y la importancia de la aldea le causan muy mala impresión. —«¿Es esto el campo? Entonces no hay necesidad de salir de Batignolles.» Por la tarde alquiló un carruaje, á fin de visitar el país más á fondo, antes de volver á tomar el tren en Poissy.

En el camino encuentra primero á Vernouillet, una pequeña aldea que le complace un poco. De pronto el camino se hace pintoresco. Diez minutos más tarde encuentra una nueva aldea. La primera casa que ve—estrecha, escondida en un nido de verdura, separada del pueblecillo por una alameda de árboles magníficos que baja hasta el Sena,



sobre el cual hay un puente que da á la vía férrea,—la primera casa le produce una impresión agradabilísima. Sobre la puerta pendía un letrero: «*En venta.*» Aunque no tenía ninguna gana de convertirse en propietario, la vió, sin embargo, esperando conseguir que se la alquilaran; pero encontró una tenaz resistencia, y después de meditar algunos días, decidióse á ir á casa del notario.

Compró la casita en nueve mil francos. ¡Una ¡bagatela! Tenía un jardín como un pañuelo. Algunas semanas después los albañiles, los pintores y los tapiceros entraban en ella para arreglarla. Y ya no salieron, porque después de haberles hecho reparar la pequeña vivienda, Zola les hizo construir una grande, apropiada á sus necesidades profesionales, su gusto por el confort y su pasión única: el trabajo. Aquella segunda casa dobló el precio de la compra.

He aquí ahora el empleo de uno de los días de nuestro campesino.

Ocho de la mañana. Se despierta en su ancho lecho Luis XVI. Mientras que se viste—un traje rural, chaqueta y pantalón de pana y zapatos de cazador,—ve reflejarse el paisaje en un gran espejo colocado encima de la chimenea. El Sena está todo blanco por la mañana, y los álamos de la isla de enfrente véense rodeados de una espesa bruma.

Sale en seguida con sus dos perros: el soberbio «Bertrand», un hermoso terranova, y el minúsculo «Ratón.» Algunas veces madame Zola le acompaña en este paseo matinal. Se dirigen por la alameda y pasan el puente del camino de hierro. Cos-

tean la orilla del Sena. Si el agua no está muy fresca, «Bertrand» toma un baño. Un cuarto de hora después regresan para desayunarse. A las nueve comienza á trabajar.

En el nuevo gabinete de trabajo todo es inmenso. Un estudio de pintor de historia por las dimensiones. Cinco metros cincuenta de altura, por nueve de ancho y diez de profundidad. Una chimenea colosal donde se podría quemar un árbol para asar un carnero. En el fondo, una especie de alcoba tan grande como una de nuestras habitaciones parisienses, completamente ocupada por un solo diván, donde podrían dormir con comodidad diez personas. En medio una gran mesa. Y en fin, en frente de la mesa, una gran ventana que da sobre el Sena. No hablo de una especie de tribuna colocada encima de la alcoba del diván, á la cual se sube por una escalera de caracol: es la biblioteca. La misma escalera conduce á una terraza cuadrada, que ocupa todo el techo de la nueva construcción y desde donde el panorama es admirable.

Desde las nueve á la una, sentado delante de la inmensa mesa, Zola trabaja en una de sus novelas. *Nulla dies sine linea*, tal es la divisa escrita en lo alto de la chimenea. Mientras que su amo escribe, «Bertrand» ronca en un rincón.

A la una el almuerzo. Zola se entrega con el mismo cuidado á su segundo vicio: la glotonería—esa literatura de la boca.—A las dos la siesta. A las tres llegada del cartero. El criado que sube las cartas y los periódicos despierta al señor. He aquí la nomenclatura de los periódicos que recibe